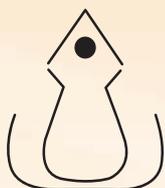


20

HISTORIA Y
PRESENCIA
DEL VESTIDO
EN EL MÉXICO
PREHISPÁNICO



La manera de conocer el pasado
mesoamericano a través de su arte



FUNDACIÓN
CULTURAL
ARMELLA
SPITALIER®

HISTORIA Y PRESENCIA DEL VESTIDO EN EL MÉXICO PREHISPÁNICO

20

1 Mujeres y diosas: voluntad o destino	4	4 La indumentaria indígena, ayer y hoy	17
1.1 Los textiles y la vida prehispánica	4	Epílogo	19
1.2 Las diosas del hilado: Xochiquétzal, Tlazoltéotl-Toci, Ixchel, Ixchebelyax	5	Glosario	20
2 El arte de hilar, tejer y bordar	6	Bibliografía	24
2.1 Los materiales	6	Selección de piezas	25
2.2 Los instrumentos	8	Créditos	66
3 La indumentaria	9		
3.1 Indumentaria femenina	9		
3.1.1 Cuéitl	9		
3.1.2 Huipilli	9		
3.1.3 Quechquémitl	10		
3.1.4 Tocados (femeninos)	10		
3.2 Atuendo masculino	11		
3.2.1 Máxtlatl o paño de cadera	11		
3.2.2 Enredo masculino	12		
3.2.3 Tilmatli	12		
3.2.4 Vestimenta de los guerreros	13		
3.2.4.1 Armaduras acolchadas	13		
3.2.4.2 Trajes enteros	14		
3.2.5 Indumentaria ceremonial	15		
3.2.5.2 Xicolli	15		
3.2.5.3 Faldillas masculinas	15		
3.2.6 Prendas para jugadores de pelota	15		
3.2.7 Tocados	16		

Fundación Cultural Armella Spitalier
www.fundacionarmella.org
contacto@fundacionarmella.org
ventas@fundacionarmella.org

HISTORIA Y
PRESENCIA
DEL VESTIDO
EN EL MÉXICO
PREHISPÁNICO





Introducción

Un domingo por la mañana en el tianguis de Tlacolula en Oaxaca se puede ver, entre el colorido de frutas y verduras, entre las formas y los aromas del pan, que se antojan infinitos, a las mujeres que caminan y que vienen de diversos poblados cercanos, hablando sus respectivas lenguas. Se identifican también por la vestimenta que portan, característica de su región natal: pañoletas pobladas de flores envolviendo sus largas cabelleras, el rico bordado de las blusas juquilenses, rebozos que circundan sus cabezas o cubren sinuosamente sus brazos, huipiles, faldas habitadas por una vegetación indescriptible...

Como en tantos mercados de México, en Tlacolula encontramos reminiscencias de la indumentaria de los antiguos habitantes de Mesoamérica, mezcladas con las texturas del presente. Por la fragilidad de sus materiales, pocas son las evidencias materiales que han subsistido de las prendas de los antiguos mexicanos. Sin embargo, gracias a los vestigios arqueológicos —figurillas, cerámica, escultura, pinturas murales— y a los códices elaborados durante el Posclásico, hoy tenemos conocimiento no sólo de la manera en que solían vestir nuestros antepasados, sino también de la importancia y el significado de cada prenda.

La Fundación Cultural Armella Spitalier presenta en este trabajo un esbozo de este aspecto fundamental de la vida mesoamericana: la indumentaria.

Entablaremos un diálogo imaginario con algunas piezas arqueológicas, que nos develará el antecedente de lo que hoy, aún y afortunadamente, podemos apreciar en la vestimenta de algunos grupos indígenas de México.

¿Elemento para resaltar la belleza o factor de identidad étnica? ¿Una manera de cubrir el cuerpo de las inclemencias del tiempo o símbolo de pertenencia a un estrato social determinado? ¿Vislumbre de una cosmovisión? Tal vez una compleja combinación de todo lo anterior.





1 Mujeres y diosas: voluntad o destino

Historia y Presencia del Vestido en México Prehispánico

1.1 Los textiles y la vida prehispánica

Una importante tradición arraigada en la población prehispánica femenina, era su dedicación al trabajo textil. Desde que nacían las niñas se les entregaban los materiales necesarios para orientarlas en el trabajo con los hilos, y antes de su muerte las mujeres quemaban sus utensilios de trabajo para llevárselos a su otra vida. El amor a los hilos y la labor manual con ellos debió haber marcado la identidad y el carácter de las mujeres de la Mesoamérica prehispánica; les pertenecía la bella e indispensable labor de elaborar y mantener las prendas de vestir y el resto de textiles usados en la vida diaria y ceremonial.



Según el Códice Mendocino, las mujeres de clases humildes enseñaban el oficio de hilar, bordar y tejer a sus hijas, extendiendo las técnicas familiares de generación en generación. Por otra parte, las mujeres de clases altas asistían a una institución especializada para la enseñanza; una escuela contigua a los templos en las que aprendían a desarrollar otras técnicas y habilidades en dichos terrenos.



Así como en el México prehispánico, en la actualidad se comercializan los textiles indígenas.

Fray Bernardino de Sahagún añade, en el Capítulo Décimo de su Historia general de las cosas de la Nueva España que, entre las mujeres bajas, expresión con la que nombra a las mujeres de estrato social inferior, habían tres distinciones en los oficios del textil: existían las tejedoras de labores, las hilanderas y las costureras. De Sahagún establece también que había hombres que se dedicaban a dichos trabajos: los sastres, los hiladores y los tejedores, así como también los que comercializaban con estos productos en la sociedad mexicana, verbigracia; los que venden mantas delgadas que llaman áyatl y de los que venden cactus y collares.



Tejedores del estado de Oaxaca.

En este mismo texto, de Sahagún expone el carácter tan prestigioso de las labores textiles. Quienes estaban involucrados con ellas eran estimulados por el Consejero de Música, el supervisor de los artesanos de todas las disciplinas, para crear diferentes tipos de tejidos finos. El mostrar habilidades sobresalientes en las artes textiles podían incluso, salvar del sacrificio a los esclavos obligados a pagar tributo al gobierno.



1.2 Las diosas del hilado: Xochiquetzal, Tlazoltéotl-Toci, Ixchel, Ixchebalyaxe

En la cultura mesoamericana, el tejer manualmente una tela está unido a la metáfora de trazar un destino. Para los habitantes de las sociedades prehispánicas, trenzar con las manos los hilos de colores que forman las prendas, y al mismo tiempo, el destino propio, es un vínculo entre una serie de actividades utilitarias concretas; el hilado, el tejido y el bordado, con una cosmovisión trascendental de la vida misma.



Tlazoltéotl-Toci, diosa del algodón y del henequén.



Ixchel, diosa maya de la luna.

Para los pueblos mesoamericanos la importancia de esta práctica cotidiana estaba fundamentada en



Xochiquetzal, patrona de las tejedoras.

sus dioses, es decir, en los seres mitológicos que habitaban los niveles más altos de sus cielos, pero en cada cultura tenían características distintas.

Los nahuas rendían tributo a Xochiquetzal, joven diosa enlazada a las deidades creadoras, cuyo nombre significa flor quetzal. Xochiquetzal era la diosa del amor y la belleza, pero además era la patrona de las tejedoras, ya que los nahuas la consideraban la primera mujer en ejercer estas actividades. Se le ubicaba hilando, tejiendo y cuidando a los hombres desde el Tamoanchan, un paraíso mítico para los nahuas ya que representaba el lugar de origen de los dioses. Xochiquetzal era celebrada en el mes número 13, huey pachtli, durante el cual las hilanderas practicaban el ayuno y oficiaban ceremonias en su honor. También entre los otomíes, Xichiquetzal era la patrona del tejido. En el código Matritense está reseñada una escena de atamalqualiztli, una fiesta en la cual se le representa a la diosa sentada frente a un telar, vestida ricamente y adorada por mujeres que tenían una gran habilidad con la aguja (Arqueología Mexicana, no. 19, p. 8).

Entre los mexicas Tlazoltéotl-Toci era la diosa del amor, del algodón y del henequén. Estas eran las fibras esenciales para la elaboración de telas y



mantas por lo que Tlazoltéotl-Toci era fundamental para todas las personas dedicadas al hilado y el tejido. Se sabe que esta diosa portaba un huso en el tocado. Los husos eran palos de madera alargados y delgados, de aproximadamente 30 centímetros de largo, utilizado por los mexicas para hilar. Decoraba su tocada también una rama de algodón crudo, clavada en una banda también de algodón (González Torres).

Los mayas también tenían una diosa que protegía sus hilados y tejidos. Su nombre era Ixchel y era la diosa de la Luna y esposa del dios solar. A Ixchel se le llamaba también la de las trece madejas de tela de colores. Ixchebelyax era la hija de esta diosa y estaba casada con Itzmaná. Ixchebelyax era la deidad de la pintura por lo que su relación con el color la vincula esencialmente con el brocado y el tejido.



Itzamná.



2 El arte de hilar, tejer y bordar

Historia y Presencia del Vestido en México Prehispánico

Como en todo trabajo artesanal, la calidad de las materias primas es crucial en los resultados. Los fabricantes de textiles prehispánicos confeccionaban cuidadosamente las telas para las prendas de vestir, los manteles, los tapices y tapetes. Pero no sólo en base a la calidad de los materiales realizaban sus selecciones; los textiles mesoamericanos tenían también que corresponder en materiales y significados, es decir, debían reflejar congruentemente la cosmovisión de su cultura. De este modo, los materiales, diseños y colores significaban distintos estatutos en la estructura social.

2.1 Los materiales

Los estratos más bajos de la sociedad y la gente común, es decir, los macehualtin sólo podían vestir ropa de algodón burdo o de fibras toscas y duras. En algunas ocasiones estas fibras las obtenían de ortigas, pero predominantemente las extraían de hojas largas como la yuca, la palma y el maguey. Es relevante notar que el maguey era una de las principales fuentes de fibras para los textiles usados por los macehualtin ya que de esta planta se extrae el ixtle común (Arqueología Mexicana, no. 19, p. 10).

A diferencia de los macehualtin, las clases altas vestían atuendos elaborados con un algodón más suave, es decir que no siempre era el material sino el tratamiento del mismo el que denotaba el estrato

social de su portador. El algodón, por lo tanto, tiene una importancia fundamental en los textiles de las culturas prehispánicas de Mesoamérica. Dos tipos de algodón fueron usados en éstas: el blanco y el pardo, o, como se le llamaba en náhuatl, coyoíhcatl que significa color de coyote.

El tipo de fibra usado en cada grupo de personas, entonces, a demás de ser empleado como un recurso habitual para la estratificación social, estaba determinado también por el hábitat de dicha comunidad. En el Códice Florentino se encuentra indicado que en Oaxaca era común el uso de la llamada ortiga de agua. Por otra parte, en la región del Altiplano Central de Mesoamérica, -territorio



que actualmente constituye el Estado de México, Hidalgo y Tlaxcala- se asentaba el uso del ixtle de maguey, según lo estipula uno de los más famosos documentos pictográficos pertenecientes a la cultura mexicana, la Matrícula de Tributos. En las hojas de amate de este legendario documento, también se mencionan dos fibras blandas a las que ya nos hemos referido: el algodón blanco y el algodón café o coyoícatl. El primero se detectó en el golfo de México, Guerrero y Morelos. El segundo en Oaxaca, Michoacán y Puebla.

La paleta de colores de la Mesoamérica prehispánica era muy rica y contrastante. Los pigmentos utilizados para dar color a sus textiles eran principalmente de origen vegetal: los obtenían a partir de flores, semillas, raíces, hojas o frutos que después procesaban con distintas técnicas. Por ejemplo de la hierba de Santa Inés se obtenía el añil silvestre y de la cuscuta americana el azul celeste. Del hollín y del pino se obtenía el negro. En mucho menor medida, pero también fueron empleados en estas culturas algunos pigmentos inorgánicos y otros de origen animal.

Entre estos últimos, se encontraba el color grana de cochinilla. Aparece su registro en Historia general de las cosas de la Nueva España, donde Fray Bernardino de Sahagún lo coloca en primer lugar de importancia por su peculiar tonalidad: un rojo intenso. La cochinilla es un parásito que crece en el nopal, explica de Sahagún quien añade nombrando como nocheztli o sangre de tunas a la grana fina que sale de estas cochinillas (Sahagún, 698). Otro pigmento de naturaleza animal era el caracol púrpura, el cual era hallado en las costas del Pacífico y del Golfo.

Para lograr las diferencias entre las tonalidades de cada color, los artesanos prehispánicos solían utilizar el nitro o salitre, ya que estos materiales tienen la capacidad de fijar el pigmento y modificarlo. Fray Bernardino de Sahagún explicó cómo se solían obtener colores compuestos mediante la mezcla de distintas sustancias. Por ejemplo, mezclando el color amarillo, que se llama zacatlaxcalli, con el azul claro, que se llama texotli, y con tzacutli, hácese un color verde obscuro, que se llama yapailli... (Sahagún, 699).

Los artesanos mesoamericanos desarrollaron diversas técnicas para teñir los textiles una vez que

hubieron elaborado los pigmentos. La técnica más difundida en estas culturas iniciaba con la colocación de los hilos antes de tejerlos. Los hilos de distintos colores se combinaban ya en el proceso de elaboración de los lienzos. Sin embargo, se han encontrado pruebas de que en algunas ocasiones se pintaba con un pincel la tela cuando ésta ya estaba confeccionada (Arqueología Mexicana, no. 19, p. 23). Otra técnica era el plangi, este procedimiento consistía en la elaboración de amarres que inhibían el paso del pigmento en ciertas zonas de los lienzos; así se obtenían diseños de rombos y círculos irregulares.



Textiles.



2.2 Los instrumentos

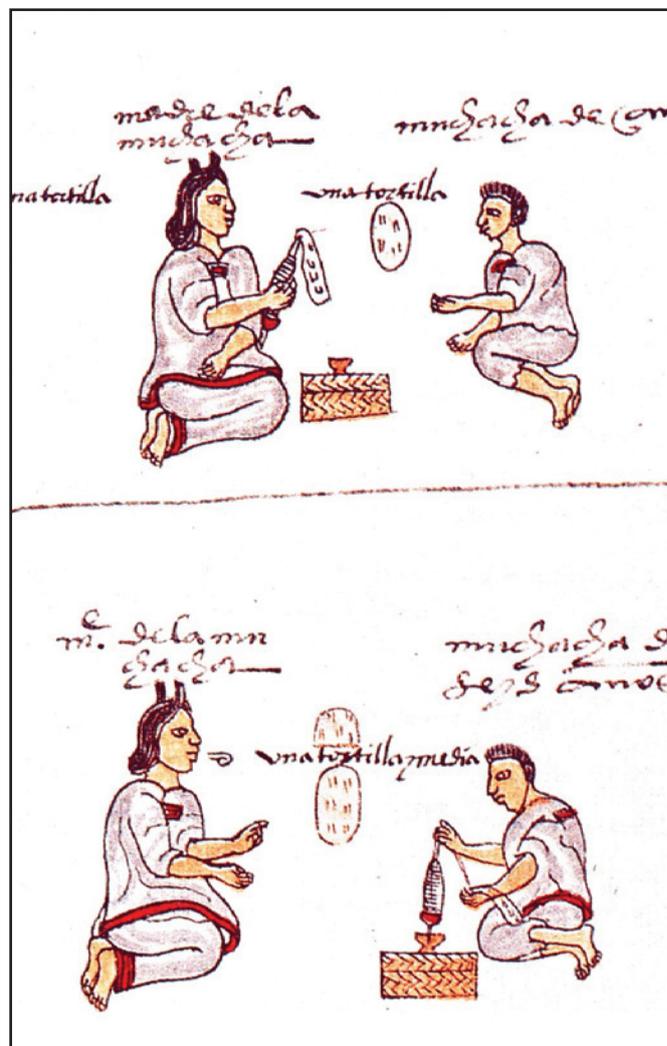
En el mundo prehispánico existieron varios modos de trabajar las fibras y de proceder en el complejo proceso del hilado. Si las fibras eran duras, como la de la hoja del maguey o blandas como el algodón, se sometían a tratamientos distintos pero que convergían uno similar; al inicio se conformaban los hilos por estiramiento y torsión de fibras (Mastache, Arqueología Mexicana, no. 19)

En épocas muy tempranas este procedimiento se llevaba a cabo manualmente, sin la intervención de utensilios. Más adelante se empezaron a construir utensilios como el huso, el cual necesitaba de un peso que lo impulsara a girar; en Mesoamérica, los volantes utilizados para este fin son conocidos como malacates (Mastache, Arqueología Mexicana, no. 19, p. 25). Los malacates prehispánicos tenían tamaño pequeño y están contruidos con materiales como barro, hueso, piedra y madera. Aunque se forma era generalmente regular, también existían algunos malacates cuya diferencia está determinada por el tipo de fibra que procesaban. Por ejemplo, había malacates especiales para la preparación de un hilo muy fino con el que fabricaban piezas pequeñas y ligeras de algodón. Otros malacates grandes y pesados se usaban para hilar fibras duras y lograr hilos más gruesos y burdos (Mastache, Arqueología Mexicana, no. 19, p. 26). Gracias al uso extendido de estos utensilios, y a los materiales resistentes empleados en su construcción, actualmente se conservan numerosos malacates prehispánicos.

Entre los pueblos indígenas contemporáneos, los procesos de tejidos continúan arraigados en las técnicas tradicionales desarrolladas en el México antiguo. El telar de cintura actual, por ejemplo, es prácticamente igual al que se usaba en tiempos prehispánicos y sigue siendo un elemento muy importante en el trabajo textil artesanal de numerosos estados de la república mexicana.

En el Códice Mendocino se puede apreciar la manera en que una madre mexicana educa a su hija en cierta técnica para hilar. Lo cierto es que las culturas mesoamericanas desarrollaron distintas

técnicas gracias a lo cual consiguieron crear telas de tan sorprendentes texturas, calidades y amplia gama de diseños.



Mujer que enseña a su hija a hilar. Fragmento Códice Mendocino.



Malacate azteca, instrumento para hilar.





3 La indumentaria

3.1 Vestimenta femenina

A diferencia de la vestimenta femenina del México actual, la indumentaria femenina en las culturas de la Mesoamérica prehispánica era menos variada que la indumentaria masculina. Seguramente esto fue determinado por la diferencia en los roles sociales que regían ambos géneros.



Vestimenta de la mujer indígena actual.

3.1.1 Cuéitl

La prenda básica del atuendo femenino en Mesoamérica, fue el cuéitl o enredo. Su uso ha sido registrado desde el Preclásico Medio hasta la llegada de los españoles. El *cuéitl* consistía en un paño rectangular que se enredaba alrededor de la cintura y se sujetaba con una cinta llamada *nelpiloni*, que hacía las veces de cinturón. Esta especie de falda cubría a las mujeres de todo rango social. La distinción de estrato en esta prenda no dependía de la forma sino de la decoración o carencia de ella.



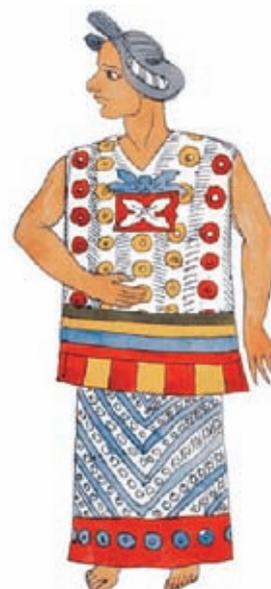
Representación de atavío femenino.

3.1.2 Huipil

El *uipilli* o huipil ha sido una de las prendas más características de Mesoamérica. Tuvo un uso extendido desde principios del Clásico hasta la llegada de los conquistadores. El huipil consiste en la unión de dos o más lienzos que forman una túnica suelta y sin mangas, usada por las mujeres mayas para cubrir sus torsos.



Figurilla de barro con tocado.



Representación de Huipil.



3.1.3 Quechquémítl

El Quechquémítl ha sido identificado como la indumentaria propia de las antiguas diosas de la fertilidad, es por ello que en el Valle de México su uso estaba restringido a las mujeres nobles.

El Quechquémítl está conformado por dos rectángulos cosidos, de manera que los picos caen al frente y por atrás, formando triángulos. Para ponérselo, se desliza por la cabeza. Este atavío parece ser originario de la costa del Golfo, pues fue la prenda característica de esa región.



Representaciones de quechquémítl.

3.1.4 Tocados (femeninos)

Tanto en las mujeres indígenas contemporáneas como prehispánicas, el cabello y el arreglo de éste tiene una importancia prioritaria en su arreglo. Las mujeres mexicas, por ejemplo, cuidaban su cabello mediante el xihquítl, una especie de tinte verde realizado con hierbas que otorgaban brillo a su cabellera. Pero el énfasis en el cuidado y arreglo de la cabellera no obedece sólo a motivos estéticos, sino que está profundamente arraigado en la ideología de las sociedades mesoamericanas: en el mundo de la cultura prehispánica el pelo estuvo ligado a las mujeres y éstas a la fertilidad.

En ciertas figurillas, se observa el tratamiento de un simbolismo que liga la cabellera femenina con el reino vegetal de tal modo que el pelo, que crece como planta, es cultivado por el peine que se desliza por la cabellera al igual que el arado recorre los sembradíos.

El tocado de la cabellera también tenía una función social específica similar al vestido; marcar el lugar que su portadora ocupaba en la sociedad. Este simbolismo se sigue atribuyendo al tocado que portan mujeres en pueblos indígenas en el México del siglo XXI.

Entre los tocados complejos usados en aquella época, uno se elaboraba mediante “cornezuelos”,

un tipo de trenzado de cabello e hilos gruesos de algodón que terminaban en dos puntas levantadas a los lados de la frente, según lo narran los códices y crónicas de la época. El tocado de cornezuelos se reservaba para las mujeres casadas, pues las solteras debían llevar la melena suelta.

La representación pictográfica de las diosas prehispánicas incluía sus tocados y en éstos, los atributos correspondientes a su patronazgo: frutos, flores, husos, madejas, animales, y otros elementos que estuviesen relacionados con su actividad. Es por ello que no fue una casualidad que a las doncellas se les coronara con hermosos y elaborados tocados. Uno de los peinados más característicos de las mujeres prehispánicas era el tlacoyal, el cual consistía en una serie de listones de colores que sostenían y adornaban el cabello. El tlacoyal podía incluir distintos tipos de flores.



Adorno en el cabello.

